

multiplicación prodigiosa de los centros docentes y la consiguiente creación de escuelas normales de ambos sexos, ha crecido, como era razón, la importancia del magisterio y la estimación de los que se dedican á ejercerlo de oficio. Este movimiento instruccionalista ha seguido paso á paso el movimiento de la civilización. Por lo cual, si en épocas de general atraso, no se le ha tributado al maestro, especialmente de primeras letras, todo el honor que merecía, siquiera por la abnegación que supone tan ímproba tarea, ya que no fuese por lo benéfico de sus servicios, el día de hoy con más justicia y mayor conocimiento de causa, se considera generalmente la carrera del profesorado como una de las más honrosas y acreedoras de la pública gratitud y estimación, ya que no siempre se la remunera con bastante generosidad. Este aprecio creciente de la ilustración, que se advierte en todos los pueblos cultos y en personas de toda clase y condición, acredita mayor elevación de ideas y tendencias, que es preciso aprovechar para el bien de la sociedad y de la misma religión. Mal gravísimo para la educación acarrearía el vilipendio de la escuela y el consiguiente envilecimiento de la noble profesión del magisterio. Perderían los padres de familia sus mejores auxiliares, y la sociedad se vería privada de la principal fuente de su vitalidad intelectual. La religión tampoco ganaría nada con la ignorancia de las masas. Conviene pues á todos concurrir de mancomún á realzar al maestro, elevándole en la pública estimación y estimulándole de este modo al cumplimiento más exacto de sus sagrados deberes.

## II.

7. Grandes son éstos, como se deja entender, y grave el peso de la responsabilidad que lleva en sus hombros el magisterio. He aquí el punto principal á que deben concretar su atención los más interesados en el negocio

de la instrucción y educación, esto es, los padres de familia. Conviéneles estar muy sobre aviso así en la elección de maestros como en la de escuelas y colegios. El saber ó la ignorancia, las virtudes ó los vicios, la religiosidad ó la irreligión de los que ocupan la cátedra no pueden menos de ejercer sobre los que la rodean diariamente una influencia muy ventajosa ó muy funesta. Se comprende; y la mejor prueba de ello nos la suministra la historia, maestra de la verdad, como la llama Cicerón, en todas sus épocas, antigua, moderna y contemporánea. Sin subir más arriba del cristianismo, recordemos la conducta artera y diabólica de Juliano el Apóstata. Este enemigo acérrimo de Jesucristo y su Iglesia no creyó poder emplear mejor ariete contra la religión de sus odios que abrir y proteger escuelas netamente paganas, regentadas por célebres sofistas, á donde, ó no quisiesen concurrir los jóvenes cristianos, quedando sepultados en la ignorancia, ó no pudiesen hacerlo sin perder por necesidad sus creencias y costumbres. ¿Qué hubiese sido de la fe de millares de hombres reducidos á ese terrible dilema en toda la extensión del imperio romano, si Dios no hubiese acortado los días de la persecución burlándose del poder de las tinieblas con la muerte desastrosa del tirano? Aquella forma de persecución contra la verdad y la justicia no tenía el aspecto feroz de las persecuciones neronianas, no atacaba la vida de los cuerpos; era, sin embargo, más temible en sus efectos, porque tendía á sembrar de nuevo la corrupción pagana que era la muerte de las almas. Envenenar las escuelas es herir de muerte la civilización cristiana. Así lo comprendió también la secta impía del siglo XVIII, el filosofismo, padre de la revolución, que logró desarraigar en gran parte los principios y sentimientos religiosos de una nobilísima nación católica, que todavía no ha podido reparar todas sus ruinas. Y ¿cuál fué el medio principal de que se valió la incredulidad personificada en el infame Voltaire para conseguir sus

infernales intentos? Además de levantar cátedras de todos los errores en las producciones de la prensa, desde donde los esparcía en millares de lectores, calculó con satánica astucia envenenar todas las fuentes de la instrucción, y mientras no le fué posible derribar los establecimientos públicos, procuró introducir en el recinto doméstico maestros empapados en las doctrinas de la Enciclopedia. Más adelante cien padres de familia, burlados por su inadvertencia ó su culpable descuido, hubieron de llorar amargamente sobre los desórdenes de sus hijos, la insubordinación, los vicios, la irreligión llevada al frenesí, y todo aquel cúmulo de crímenes de que fué teatro la Francia durante el período horroroso de la gran revolución. El desbordamiento de todas las pasiones fué espantoso, como no se había visto nunca en una nación cristiana: era que la corrupción había minado los cimientos de la sociedad. Pero la causa de tamaños desórdenes se reveló claramente: habíase corrompido la enseñanza pública. Para ese objeto se cerraron violentamente las puertas de respetables institutos religiosos que durante dos siglos habían impartido á la juventud francesa una instrucción tan sólida y brillante como pura y cristiana, y entre tanto abríanse las de la escuela escéptica y materialista, puesta á cargo de profesores incrédulos y libertinos. El escarmiento fué terrible: ¡ojalá hubiese sido bien aprovechado!

8. Los graves trastornos de este siglo, de que nosotros hemos sido ya testigos y tal vez víctimas, están diciendo que no se ha utilizado cuerdamente la lección de la experiencia. No se ha conocido la raíz del mal en algunas partes, en otras no se ha aplicado el remedio con bastante eficacia. En este pobre suelo americano, destrozado por continuas convulsiones políticas, donde no han podido arraigar todavía los hábitos de orden público y respeto á la autoridad civil, ¿no se ha palpado ya bastante la influencia de las doctrinas erróneas profesadas oficialmente

en las universidades nacionales? Cada partido político tiene su escuela: los que quieren con sinceridad el bienestar de la patria se atienen á la enseñanza pura del catolicismo, los que no buscan sino la satisfacción de sus apetitos y ambiciones, erigen tan pronto como pueden hacerlo, cátedras de pestilencia para pervertir las ideas de la sociedad y esclavizarla burlándose de su ignorancia. ¿Qué es lo que pasa el día de hoy en el mundo, carísimos hermanos? ¿Quién ignora las maquinaciones, ya plenamente descubiertas, de la gran secta masónica ó revolucionaria, contra la religión cristiana y la Iglesia que la enseña y defiende sobre la tierra? Y ¿quién no conoce también la consigna de la secta para descatolizar la sociedad, apoderarse de la escuela, suprimir en ella la enseñanza de toda religión, fundar escuelas laicas? Y ¿de qué sofismas no se vale para engañar á los cándidos y hacerles creer que las tales escuelas laicas ó ateas no hacen ningún daño á la niñez? Como si el solo abstenerse de enseñar la religión no fuera irrogar á ésta un grave insulto lanzándola de la escuela como asignatura inútil ó de ningún valor para los intereses del hombre? En vano se pretende que la enseñanza de la religión, del catecismo, no le pertenece al maestro de primeras letras ni al profesor de ciencias, sino al ministro del culto, ó, si se quiere, al padre de familia, porque tal pretensión, como hemos dicho ya en otra conferencia, es tan absurda como perniciosa á la moralidad, base de toda buena educación, puesto que conduce al indiferentismo religioso y abre paso á la impiedad.

9. ¿Qué consecuencias se deducen de todo lo hasta aquí manifestado? Infiérese desde luego la imperiosa necesidad que tiene el magisterio de dar garantías de verdadera competencia para la educación así á los padres de familia como á la sociedad en general, y el deber no menos apremiante que á aquéllos les atañe de exigir las seriamente. No basta, carísimos hermanos, — y en este particular andan

errados muchos padres—que los profesores sean doctos y hábiles para enseñar la ciencia que profesan; es menester que se hallen también revestidos de cualidades morales indiscutibles que tranquilicen la conciencia de sus poderdantes. De otra suerte ¿cómo se atreverían éstos, á no ser faltos de juicio, á depositar en las manos de aquéllos el tesoro más precioso que poseen en el mundo, el alma de sus hijos? Sí, el alma toda entera; que no es únicamente el entendimiento el campo que cultiva el maestro con las lecciones de diversas ciencias; es también el corazón, aunque de un modo indirecto, son las inclinaciones que, insensiblemente y sin advertirlo, se van desarrollando ó transformando bajo el influjo irresistible de la voz, del gesto y todo el modo de ser del profesor. Bastaría el trato diario, el contacto espiritual en que coloca la clase á los discípulos con su catedrático, para transmitir de éste á aquéllos las ideas y los sentimientos. Y ¿qué sucedería si la enseñanza fuera intencionada? Esto induce á concluir que un profesor (y dígase lo mismo de un director de colegio), sin creencias ó siquiera de creencias sospechosas, no podrá formar hombres cristianos, y si, aunque creyente y sano de doctrinas, fuese vicioso y de mala conducta, tendría que empañar cuando menos la pureza de corazón de sus discípulos, de forma semejante á lo que sucede con un mal padre de familia.

10. ¿Cuáles son, en definitiva, las virtudes cristianas que deben adornar el magisterio para que sea digno de su elevada y beneficiosa misión en la sociedad? No dudamos afirmar que deberían ser las mismas que hacen el decoro de la paternidad: amor, vigilancia, justicia, y todo animado del celo cristiano, del espíritu de caridad, y sostenido por la práctica de la piedad y el cumplimiento riguroso de la ley de Dios. Pero ¿dónde, me diréis, encontraremos maestros adornados de tan raras condiciones, especialmente en la enseñanza oficial, entregada por lo común á profesores de

ideas no católicas? ¡Ah! carísimos hermanos, ¡qué situación tan lamentable esa en que se encuentran muchos, por no decir, la mayor parte de los países de Europa y América! Entregados á gobiernos que han roto sus relaciones con la Iglesia, bajo un sistema de legislación atea, ¿qué puede esperarse de un magisterio identificado en ideas con los que dirigen la marcha de la cosa pública? ¿qué pueden prometerse los padres de familia obligados á dejar concurrir á sus hijos á esas escuelas oficiales, verdaderos semilleros de irreligión y corrupción de costumbres? ¿Qué será de la sociedad si Dios no acude á salvarla de este abismo? Ahora sí que cabe exclamar con los consternados discípulos de Cristo: «Sálvanos, Señor, que perecemos.»<sup>1</sup> Pero ¿nada podremos hacer por nuestra parte para conjurar el mal que nos agobia? ¿ningún arbitrio les queda á los pobres padres que quieren salvar á toda costa el alma de sus hijos? Poco ciertamente, muy poco puede hacerse para luchar con una situación tan grave, creada y sostenida con todas las fuerzas del dios Estado; no hay que desalentarse, á pesar de todo, porque aun quedan, aunque hostilizados de mil modos, maestros católicos, colegios católicos y hasta universidades católicas, gracias á la poderosa vitalidad de la sociedad cristiana. Á esas escuelas regentadas por profesores religiosos ó seculares, donde se enseña la religión juntamente con la literatura y las ciencias, donde se vigila la conducta moral de los alumnos, donde se les forma cuidadosamente el corazón por medio de las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica, á esas es adonde deben enviar á sus hijos los padres de familia y los que hacen sus veces, y, dado que después, para continuar ó coronar su carrera profesional se vean en la absoluta necesidad de frecuentar los claustros universitarios del Estado, aquella primera y sólida educación recibida, junto con las precauciones del

<sup>1</sup> Matth. 8, 25.

caso y la vigilancia paterna y los auxilios de la religión, podrán servir de escudo á los jóvenes contra los ataques de la falsa ciencia y defenderlos de las seducciones del error y del vicio.

¡Oh, si el magisterio estuviese adornado de aquellas virtudes antes enumeradas, realizaría el bello ideal de su misión! Asociado á la paternidad y apoyado por la religión, representaría la triple fuerza del padre de familia, el sacerdote y el maestro, es decir, de la naturaleza, la religión y la sociedad adunadas para impulsar al hombre á su verdadero destino, la felicidad, por medio de la educación.

### TERCERA SERIE.

#### Soberanía social de Jesucristo.

##### PRIMERA CONFERENCIA.

#### Fundamentos de la soberanía social de Jesucristo.

Dominum Deum tuum adorabis . . .

Matth. 4, 10.

1. Demasiado claras y terminantes son las enseñanzas de la Iglesia, emitidas por la boca de sus Pastores, para no mirar con el horror que se merece esa peste perniciosísima del liberalismo—*liberalismi pestis perniciosissima*<sup>1</sup>. Por mucho tiempo ha podido ocultar ó disimular su veneno esa funesta doctrina, afectando no atacar punto ninguno del dogma ó de la moral cristiana, antes bien propugnando principios justos de derecho natural en bien de la humana sociedad. En los países católicos como el nuestro, en que no le era conveniente ni posible ofender las santas

<sup>1</sup> Pío IX, apud *Sardá*, El Liberalismo.

creencias arraigadas hondamente en el corazón del pueblo, ha tenido que disfrazarse con la máscara de doctrina y sistema de gobierno meramente político, inculcando siempre con sumo ahinco que la religión y sus ministros no tenían nada que ver con la política ó las instituciones del país. Así han conseguido llevar adelante sus trabajos de zapa contra los cimientos mismos de la fe, con profunda perversión de ideas y costumbres. La Iglesia, por su parte, guiada como siempre por razones de prudencia maternal, había guardado con los secuaces del liberalismo una conducta llena de bondad y miramientos. Sin duda para no darles la menor sombra de pretexto para alejarse de las prácticas de la religión, aunque condenando siempre sin ambages la doctrina, parecía no querer lastimar el amor propio de los doctrinarios. Indudablemente había entre éstos un gran número de ilusos que seguían más bien que las doctrinas, que casi ignoraban por completo, las tradiciones de familia ó de regionalidad, afiliados como por la fatalidad á un partido político que los arrastraba con esperanzas de mejores días para ellos mismos y para la patria. Hoy las cosas han tomado nuevo aspecto. La luz se ha ido haciendo poco á poco en los espíritus, tanto por la que arrojan los hechos públicos, como por las francas declaraciones de los mismos prohombres de la secta liberal. La voz de los doctores de la Iglesia se ha hecho oír también más clara y más explícita señalando á los fieles los errores que deben huir y condenar, y desenmascarando un sistema político-religioso que oculta gravísimos peligros para las almas debajo de promesas lisonjeras y especiosos argumentos. Tiempo es ya de abordar esta delicada materia en la cátedra sagrada, aunque con toda la prudencia y caridad que requiere el celo verdadero de la salvación de las almas de hermanos extraviados. Tal es nuestro propósito, aprovechando la santa avidez de instrucción religiosa con que acuden al templo los fieles